

que envidia el cielo al lodazal humano,  
se echó sobre un zarzal, cuyas espinas  
destrozaron sus carnes virginales:  
y añade en sus anales  
un cierto *Padre Yepes*, á quien creo,  
renunciando á probarlo en los zarzales,  
que en san Benito por heridas tales  
el fuego se exhaló de su deseo.

## XV

Y en tal instante, aunque con gran frecuencia  
no hay más Guardia civil que la conciencia,  
ya del día á los últimos fulgores  
los dos enamorados desertores  
creyeron ver, ó en realidad miraron,  
dos parejas de guardias que pasaron,  
y apresuradamente  
encontrando un zarzal junto á una fuente,  
con natural espanto,  
no se echaron encima como el santo,  
se escondieron debajo santamente.

## XVI

Y gracias al Señor, libres de sustos,  
Jaime Cortés y Candelaria Ateca  
se durmieron después como dos justos  
sobre un lecho de amor de hierba seca.

## XVII

Pero ¿y qué más?—¿Qué más? Con amor puro  
él una vez, al tropezar con ellos,  
besó de Candelaria los cabellos...  
—Y ¿nada más?—Y nada más: ¡lo juro!

## CANTO SEGUNDO

## LA TENTACION

## I

Ya el sol emblanquecía las estrellas,  
y Jaime, aun no despierto,  
ni soñaba siquiera con aquellas  
tentaciones tan bellas  
que tuvo san Benito en el desierto;

pues, como todavía  
al alborear la lumbre de aquel día  
le hacía poco peso la conciencia,  
fué su sueño profundo, muy profundo.  
¡Qué dicha tan inmensa es en el mundo  
amar, en pleno amor, con inocencia!

## II

Cuando ya los llamaban á la vida  
los sonos halagüeños  
que la tierra, aun dormida,  
murmura electrizada como en sueños,  
á Jaime despertó la molinera;  
y abriendo un gran portillo en el ramaje  
para ver la primera  
el teatral aspecto del paisaje,  
vió á la luz color gris de la mañana  
los huecos de las celdas del convento;  
y, elevando hacia Dios su pensamiento,  
se santiguó con gracia la aldeana,  
pues hija fiel de otro cristiano viejo,  
ella es una cristiana  
tan católica á un tiempo y tan galana  
que reza y se santigua con gracejo.

## III

Aunque es un bello nido  
de inextintos amores  
el *Parque*, sobre un monte suspendido,  
los tiernos desertores,  
después que el sol vino á borrar la aurora,  
dejaron una estancia peregrina  
que reúne en su flora  
el Africa, la América y la China;  
y hacia el *Vergel* bajaron,  
y al límite en que el *Parque* terminaba,  
un bello semicírculo encontraron  
que el tocador de Venus imitaba,  
y quedó admirado él y ella embebida  
al ver la *Caprichosa*, una cascada  
que parece, tendida,  
el velo de una reina desposada;  
y á su influjo, sintiendo  
una feliz y casta soñolencia,  
porque el agua, al caer, baja moviendo  
las brisas de las playas de Valencia,

en torno de los tímidos amantes  
trazan al sol un círculo divino,  
saltando, como un polvo blanquecino,  
molidos en las peñas los diamantes.

## IV

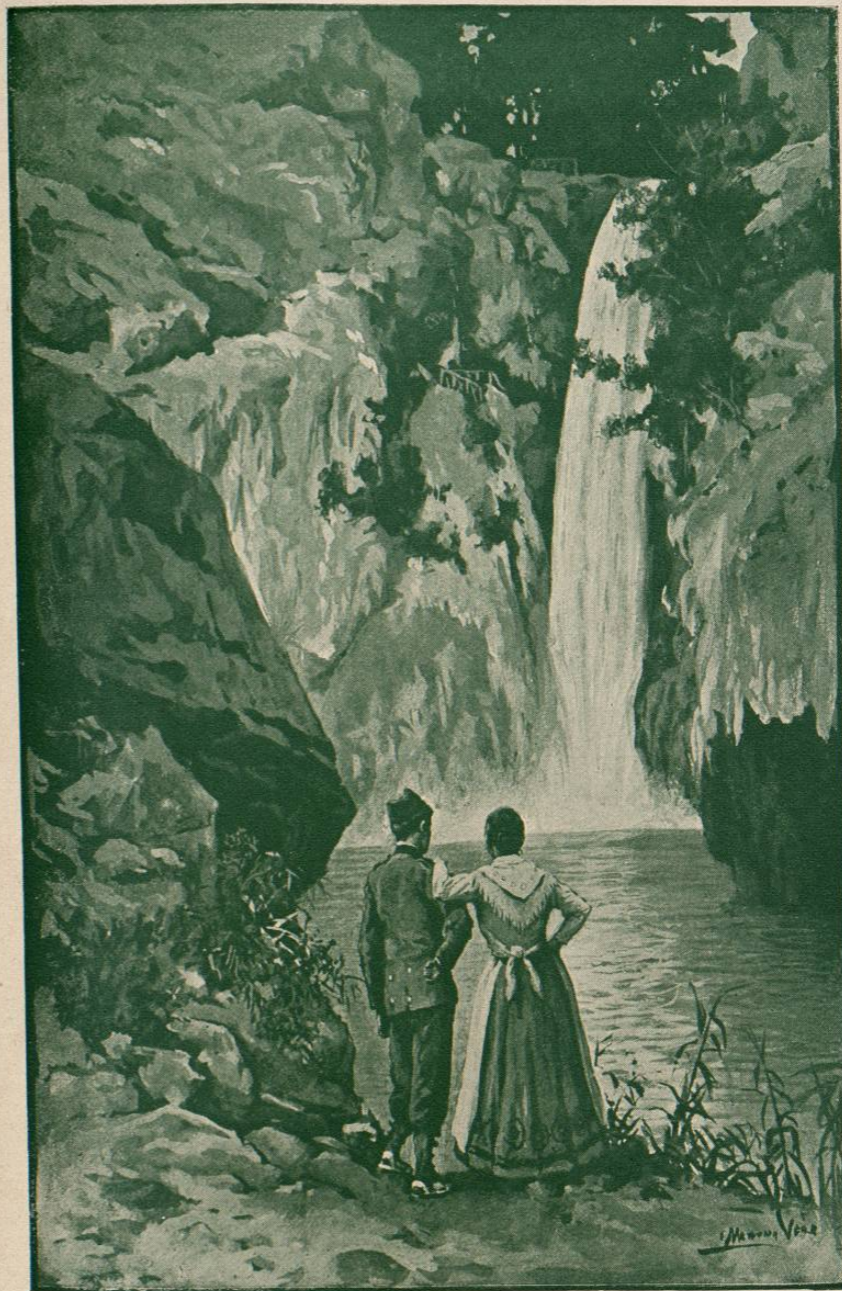
Y entran luego en la *Gruta del Artista*  
por ver estalactitas agrupadas,  
que alegraban la vista  
como labores de cristal colgadas;  
y sigue admirando él y ella embebida,  
y pasa tiempo... y tiempo... y de esta suerte  
se fueron olvidando de la muerte  
y acordándose un poco de la vida.  
Mas ¿cómo de los fieros desertores  
ya, el que menos, olvida  
su deber de arrojar en un abismo?  
Porque en cosas de amores  
puede más que el deber el magnetismo.  
No lo extrañéis, lectores;  
según Platón, ya en Grecia era lo mismo.

## V

Entrambos luego, de la mano asidos,  
bajando más y más, miran, pasando,  
que en el estanque del *Vergel*, nadando,  
ya se atusan los patos aburridos,  
después de ver y oír cómo, formando  
borbotones, cual pechos de sirena,  
corriendo á unirse al río,  
bajo un dosel sombrío,  
el dulce *Arroyo de los Mirlos* suena.

## VI

Y á la sombra de un álamo sentados  
para admirar el *Baño de Diana*,  
poco después el quinto y la aldeana  
miraban los cristales azulados  
de un río transparente  
que sería maldito en Oriente  
por secar los contornos redondeados.



EL AMOR Y EL RÍO PIEDRA

Y, al fin del largo estanque,  
miraron en su arranque  
la *Cola de caballo*, otra cascada  
que, en la cumbre, entre rocas apreta la,  
se para, se acumula, se desborda.

## VII

Se alzan después, y apresuradamente  
viendo una cueva enfrente  
llamada la *Carmela*, él en pos de ella,  
como quien huye de la luz del cielo,  
se entraron en la gruta, que es más bella  
que la gruta de Elías del Carmelo.

Mas si viese á los dos en compañía  
despacio, y sin pensar que el tiempo vuela,  
¡Jesús! ¡qué colorada se pondría  
la Carmen que dió nombre á la *Carmela*!  
Y con razón, porque al seguir su ruta  
salieron pálido él y ella encarnada,  
aunque en aquella gruta  
¡admírate, lector!, no pasó nada.

## VIII

Y ven después, entre el espeso ambiente  
de perlas en las rocas machacadas,  
los *Fresnos*, que, cortando una corriente,  
imitan dulcemente  
un salterio formado por cascadas.  
Y al ver que con su escala de colores  
la *Cascada del Iris* sus primores  
sepulta en un estanque luminoso  
al pie de una vertiente encajonado,  
Jaime exclama admirado  
como un viajero estúpido:—¡Qué hermoso!—

## IX

Y, al fin del largo estanque,  
miraron en su arranque  
la *Cola de caballo*, otra cascada  
que, en la cumbre, entre rocas apretada,  
se para, se acumula, se desborda:  
el valle todo asorda,  
cae, y después se echa á dormir cansada.  
Pero al caer arqueada y ondulante,  
es tal su gallardía,  
que no tiene una cola semejante  
el caballo mejor de Andalucía.  
Al ver la gran cascada  
brillando tan gentil y refulgente,  
casi duda la mente

si, al caer despeñada,  
rompiéndose en las rocas, irritada  
lanza el agua una luz fosforescente.  
Yo sé de un navegante amigo mío,  
que, viviendo en el mar constantemente,  
nunca vió el agua hasta que halló este río  
que, lanzando impetuoso su corriente  
de pendiente en pendiente,  
recorre desde el cielo hasta el abismo,  
haciendo de esta tromba á un tiempo mismo  
chubasco, borbotón, racha y rompiente!

## X

¡Y gloria á Dios! Merced á la certera  
habilidad del dueño  
que abrió á pico en la roca una escalera,  
bajaron á la *Gruta*, que supera  
en hermosura real al mismo sueño:  
gruta en la que es el día  
una noche de otoño húmeda y clara,  
que mezcla á una luz rara,  
unas sombras más raras todavía;  
y cuando de repente  
entre tanto y tan mágico espejismo  
lleva el sol, al morir en Occidente  
la esplendencia del cielo á aquel abismo,  
se ve allí claramente  
aquel Dios misterioso que el ateo  
nunca ve en su nublada fantasía;  
á quien vió por detrás Moisés un día;  
á quien vió de perfil el gran Linneo;  
al que ve con su tierna idolatría  
la esposa fiel por cuyos ojos veo,  
y al que la madre de mi amor veía  
con el santo candor del buen deseo!

## XI

Las aguas por las rocas exudadas,  
forman allí variadas  
obras de arte, á la bóveda sujetas  
con primor tan gentil, que sus labores  
afrentan á escultores,  
á arquitectos, pintores y poetas.  
¡Qué prodigio, gran Dios! Ninguno sabe  
si aquel templo escondido y soterrado  
es de una grande catedral la nave,

ó algún horno ciclópeo ya apagado;  
si habrá formado un hada  
sus bellos arabescos de mezquita;  
si es gruta de Sibila exonerada,  
ó de un Titán la cueva troglodita;  
pues la gruta hechicera,  
que á todo ingenio humilla,  
si como arte es la octava maravilla,  
como arte natural es la primera:  
y acaso en tan extraña arquitectura  
Dios tuvo por objeto  
juntar en su hermosura  
los prodigios del orbe en miniatura,  
formando tan completo  
*Pandemonium* de cosas celestiales,  
que alrededor se ven hombres y brutos,  
y dioses vegetales y animales,  
y fetiches de ritos naturales,  
flores, peces, y pájaros y frutos;  
ídolos despreciados  
que, del mundo barridos,  
y en la *cueva* de *Piedra* emparedados,  
fueron, después de ser amontonados,  
por el desdén primero confundidos,  
y por el tiempo al fin petrificados!

## XII

Mientras hacen las brumas condensadas  
en lo hondo de la *Gruta* acumuladas  
un estanque sombrío  
donde al caer, medidas y contadas,  
van formando las gotas de rocío  
un joyero de perlas agitadas,  
de tanta sombra y humedad mezclados  
el perfume, el color y los sonidos,  
parece que también petrificados  
abruman con su peso los sentidos;  
y en tal caos de ruidos y fulgores,  
al ver y oír los brillos y rumores,  
cambiando de ilusión ojos y oídos,  
encuentran siempre allí nuestros sentidos  
voz en la luz, y luz en la armonía,  
siendo así de la humana fantasía  
quiméricos antojos  
ya el hallar armonía en los colores,  
ya el ver como parece á nuestros ojos  
que saitan de los ruidos resplandores!

## XIII

Saliendo de su asombro sobrehumano,  
 ven luego que, á sortear acostumbradas  
 el furor de las aguas despeñadas,  
 por la derecha y por la izquierda mano  
 entraron asustadas  
 dos palomas seguidas de un milano;  
 y el milano no entró porque imprudente  
 á las aves de frente.  
 les fué astuto á cortar la retirada,  
 y el rápido turbión de la cascada  
 lo echó muerto en el fondo del torrente.  
 Y luego la pareja arrulladora  
 tranquila y entregada á sus amores,  
 de aquellos infelices desertores  
 vino á ser la serpiente tentadora;  
 pues en tanto que extáticos seguían  
 por los picos los pájaros unidos,  
 ellos desvanecidos.  
 los miraban á un tiempo y los oían  
 poniéndose en los ojos los oídos.

Y cuando aquella escena  
 de peligrosos incentivos llena,  
 convirtiendo en edén la hermosa cueva,  
 les trajo á la memoria  
 el amor de Adán y Eva,  
 los grandes pecadores de la historia,  
 en ideal mutismo  
 nuestros dos desertores  
 sondeaban el abismo  
 del vértigo feliz de los amores,  
 de peligrosos incentivos llena,  
 y, como es natural, naturalmente,  
 escena tan sencilla  
 puso fuego á su amor adolescente,  
 y empezó á arder en ellos de repente  
 la sangre de Isabel y de Marsilla.

Y como suele á veces  
 un ejemplo liviano  
 hacer hervir las heces  
 del fondo vil del animal humano,  
 mientras casta, apelando á sus deberes,  
 ella devora en abstracción sublime  
 ese instante en que incuban las mujeres  
 la idea que las pierde ó las redime,  
 él miró á Candelaria de hito en hito  
 para beber amor en sus miradas;  
 pero ella, dando un grito,

que hizo huir á las aves asustadas,  
 salió de aquel lugar de incontinencia  
 para ella maldecido,  
 y—¡Jamás!—murmuraba con frecuencia,  
 respondiendo sin duda á un repetido  
 misterioso argumento de conciencia.

Así la fugitiva  
 salió rápidamente,  
 como un ave cautiva  
 cuya jaula se abriese de repente,  
 mientras Jaime Cortés, desvanecido,  
 ni á ver, ni á oír, ni á respirar se atreve,  
 y sigue detrás de ella, convertido  
 en fría estalacmita que se mueve.

Y, gracias al buen Dios, de esta manera  
 el idilio empezado en aquel día,  
 por huir con pudor la molinera  
 se quedó siendo idilio todavía.

## XIV

Y, después de unas horas,  
 ya con planta segura  
 siguiendo á las palomas tentadoras  
 por sendas seductoras  
 trazadas con ingenio á la ventura,  
 llegaron á la *Fuente del Olvido*  
 y á un *Lago* entre montañas detenido,  
 con la *Peña del Diablo* por un lado,  
 y al otro el *Monte Piedra*, en donde alzada  
 con restos de una antigua fortaleza,  
 aun se ve una *Capilla* abandonada,  
 con santos que no sirven para nada,  
 pues ni unos tienen pies ni otros cabeza.

## XV

¡Oh *Fuente del Olvido* misteriosa!  
 ¡Lola, Asunción, Eugenia, María Rosa!  
 ¡Coro de alegres Musas!  
 ¡Recuerdo entre memorias ya confusas,  
 que después de saltar con planta airosa  
 los arroyos cortados por esclusas,  
 para hallar el reposo apetecido  
 prestó á vuestro cansancio y mis pesares  
 el húmedo verdín de sus sillares  
 la inolvidable *Fuente del Olvido*!  
 ¡Isabel, Carmen, Juana!

¿A que ninguna de las tres olvida  
lo que en el *Lago del Silencio* hablamos?  
¿Olvidaréis jamás que allí pasamos  
tres horas, las más dulces de la vida?

## XVI

Mas nos llaman de nuevo otros amores,  
porque Jaime, sintiendo trasudores,  
de improviso gritó:—¡Guardias civiles!—  
pues para un desertor, en la apariencia,  
no hay más hombres que guardias y alguaciles,  
¡que es gran pintor de espectros la conciencia!  
Y buscando un refugio, mira en torno,  
y alcanzando en el fondo del paisaje  
una cueva que sirve de hospedaje  
á todas las palomas del contorno,  
uno y otro, con ánimo esforzado,  
subieron á la *Cueva del Soldado*,  
que allá arriba, y oculta entre unas breñas,  
el mismo Dios que la hizo la ha olvidado.  
Y en tanto que los pobres desertores  
quedan solos, pensando en sus amores,  
mas sin faltar á la moral cristiana,  
por la altura del monte vigilando  
va la Guardia civil representando  
lo perspicaz de la justicia humana.

## XVII

¡Que Dios os dé fortuna,  
oh jóvenes amantes,  
que aun podéis comulgar, sin duda alguna,  
sin precisión de confesaros antes!  
Yo espero que aun podrá vuestra inocencia  
la hora retardar de la caída,  
creyendo lo que dice la experiencia,  
que es muy malo abusar de nuestra vida,  
Desechad con empeño  
cuanto hay de realidad en las pasiones,  
dándolo todo, como yo, al ensueño;  
imitad mis fugaces ilusiones,  
pues en giro halagüeño,  
desenterrando y enterrando historias,  
ya saco una memoria para sueño,  
ya echo un sueño al rincón de mis memorias.  
Y aunque en mis rasgos de virtud no imito  
lo que hizo en el desierto san Benito,

procuró realizar en mis ternezas  
un amor superior á las flaquezas,  
porque sé, en mi constante desconsuelo,  
que si une de algún modo  
un hilo solo nuestro amor al suelo,  
sopla el viento una vez, se nubla el cielo,  
rompe un céfiro el hilo... y ¡adiós todo!

## CANTO TERCERO

## EL CASTIGO

## I

—El amor se cree eterno y dura un día.—  
Así á Jaime Cortés con grave acento  
un cura le decía,  
si es cura el capellán de un regimiento.  
—Vamos con calma, vamos,—  
el capellán seguía,—  
confésate despacio, que esperamos  
una dicha imprevista,  
pues sé que, siendo un ángel en la tierra,  
pidió ayer tu perdón una bañista  
qué es algo del Ministro de la Guerra.  
Háblame, pues, sin remontar el vuelo,  
y cuenta sólo la verdad humana.  
Cuando se halla por medio una aldeana  
todos sabéis cómo se pierde el cielo,  
aunque nunca estudiáis cómo se gana.—

## II

—¿Habrá una criatura—  
preguntó el desertor—que la ventura  
encuentre en las pasiones tormentosas?—  
Y el confesor le dijo:—Ten cordura;  
tú al hablarme te olvidas que soy cura,  
y sólo sé por relación las cosas.  
Piensa bien que nos dice la doctrina  
que es el hurto un pecado,  
y la Ordenanza á declarar se inclina  
que, al robar una moza, es un soldado  
tan vil como al robar una gallina.  
Confiesa que ese amor desventurado  
de la Ordenanza el código destroza,  
mostrando el espectáculo adorado  
de un quinto que secuestra á una real moza.  
¡si fueras oficial, pero un soldado!...—